

# 1. LA PROMESA DE UN REY PARA ESPAÑA

## El porqué de esta crónica

Esta es una crónica triste porque las ilusiones incumplidas, los sueños rotos y las empresas fracasadas solo pueden conducir a una cierta melancolía. La promesa de un reinado que se empezó a vislumbrar en la mente entusiasta de algunos monárquicos ya en los días de la guerra, a la que siguió lo que Laureano López Rodó tituló con acierto “la larga marcha hacia la monarquía”, se vieron colmadas con la proclamación de don Juan Carlos el 22 de noviembre de 1975. Quizás los empeños que se persiguen durante tanto tiempo lleven siempre a la decepción. Al menos esta es la impresión que tuvimos al ver al Rey que todo lo fue en un extraño destierro, en un exilio vergonzante, al que nunca debió llegar.

Don Juan Carlos es un personaje apasionante porque representa, como pocos, el drama del ser humano. Capaz, por un lado, de mostrar un rostro amable y de ser reconocido por haber alcanzado grandes logros, y de ofrecer, por otro, aspectos menos lúcidos, en los que podemos ver cómo no pudo evitar sentir una cierta llamada de la sangre, la suya, muy reconocible para todos los conocedores de la Historia de España que saben de esas querencias tan acusadas en muchos de los Borbones. Así es acaso el alma de cada hombre, que tiene muchas facetas, convirtiendo a uno en varios hombres a un tiempo o, como diría Jorge Luis Borges, recreando la idea recurrente de otros poetas, el rey “que tantos hombres ha sido”.

Del reinado de don Juan Carlos nadie podía presagiar su derrumbe. Alguien dirá que la abdicación del 2014 no fue una caída, pero hoy resulta claro que la renuncia fue una verdadera huida ante los escándalos que estaban por aflorar. El pasado no se puede cambiar y tiene la fatídica condición de que siempre vuelve a dejar algún recado, a modo de tarjeta de visita. Aunque se lamente que haya sido una amante desechada el detonante de todos los males de la monarquía, en realidad, todo esto habría de llegar, porque no hubo solo una amante, una sociedad *off-shore* o una suculenta comisión; sino que fueron años de queridas, negocios en la sombra, amigos estafadores, juergas y francachelas..., hasta llegar al último gran desliz de confundir a la querida con un testafarro. Grave error porque estos, los hombres de paja, son unos tipos muy serios que hacen muy bien su trabajo cuando se eligen bien. Su fortaleza radica en que nadie puede relacionar su discreta figura en los negocios con el verdadero beneficiario de éstos. A don Juan Carlos se le fue nublando la vista a fuerza de ser consentido por los medios que siempre taparon su vida de vino, negocios, caza

y mujeres. Porque éstas han sido —y no otras— las cuatro pasiones del rey y sus verdaderas aficiones. Ni él mismo podría decir qué le ha gustado más; el orden de prelación bien lo podría marcar la hora de cada día.

Nos aventuramos a hacer aquí una crónica que puede ser llamada también una contra-crónica, porque contradice las versiones que hasta hoy han circulado del tiempo de su reinado. Para poder hacerlo hemos contado con la ayuda de importantes testimonios de aquellos que asistieron personalmente en algunos de los acontecimientos que se reseñan.

Cuando leí por primera vez los folios mecanografiados de un reputado general, medalla militar individual, que su hijo me entregó, pensé que allí tenía uno de los documentos de los que precisaba para ir armando la crónica de un tiempo de grandes cambios para España. A diferencia de las crónicas más o menos oficiales, concordantes con las corrientes dominantes, la mía debía analizar cómo, cuándo y por dónde se torció la inevitable transformación política de su Estado. Porque hoy es el día en el que ningún espectador sensato y amante de España puede bendecir todos los frutos que tenemos a la vista de aquello que se llamó la Transición. Proceso que tuvo sus indudables aciertos, pero que con ingenuo candor dejó plantadas las semillas de la ruptura y la confrontación.

Esta historia debe ser contada desde mucho antes de que don Juan Carlos fuera proclamado Rey porque solamente conociendo cómo se proyectó la monarquía desde los mismos días de la guerra se podrá entender hasta qué punto el régimen del general Franco se planteó como una de sus principales misiones la instauración de la Corona. Don Juan Carlos fue durante muchos años el alumno paciente, el príncipe discreto, el ahijado cariñoso, el eterno pretendiente. Tan larga y forzada fue su espera que cuando llegó a ser el Rey de España, se deshizo a la carrera de aquellos ropajes y decidido a ser él mismo. En aquella transformación había acumulado demasiado deseo por no tener que hacer méritos ante nadie. Jugó las cartas de la política con rapidez, como si tuviera prisa en echar aquella partida, antes de irse a sus cosas. Enseguida entregó su mando y sancionó una carta otorgada que era el colofón de aquella timba: unos dados echados a rodar y que bien podían caer del lado de España como del lado de sus enemigos. Tenemos la sensación de que se fue a llamar a algún amigo para organizar la próxima montería sin siquiera mirar de qué lado había caído la suerte de España. En las últimas páginas se dirá con las palabras de Rafael García Serrano cuál fue ese destino. Aunque los lectores ya lo saben porque son, como yo, huérfanos de la nación que conocimos.

## Semblanza de dos hombres llamados a reinar

Ha tenido el periodismo español una figura sobresaliente por haber sido maestro de periodistas, director de aquel periódico que fue *Pueblo*, semillero de grandes profesionales, y cronista puntual y sagaz de la evolución política. Fue aquel hombre, Emilio Romero, figura destacada, independiente y algo antipática, y capaz, como pocos, de elaborar cuadros propios desde sus originales bosquejos psicológicos de los personajes, haciendo semblanzas muy acertadas, hasta la recreación apasionada del paisaje español que tanto amaba, que tanto criticaba y que tanto conocía. Para aquel que, desde su máquina de escribir, solía describir como nadie el paisaje nacional con sus figuras, y otras muchas veces se adentraba como nadie en el retrato. Por eso traeremos aquí algunas de sus pinceladas en libros como “Retratos de época”, un libro clarividente ya entonces, 1985, cuando se empezaba a estar de vuelta de algunos de los dogmas del nuevo sistema.

A Emilio Romero le sobraba inteligencia, experiencia y formación como para condenar a nadie, se dedicó a traernos a los hombres con sus circunstancias. En el primero de los retratos, el que le dedica a Franco, hace una apreciación con respecto a la proyectada monarquía: “A los monárquicos los fue deflacionando desde la operación de don Juan de Borbón en Estoril —como alternativa inmediata al Régimen de Franco—, pero tenía con algunos de ellos los puentes colgantes, porque era una operación que no quería romper, porque no sería útil hacerlo, aparte de que había monárquicos viajeros entre El Pardo y Estoril. La gran cirugía histórica en este asunto fue la de sustituir para el futuro, y en su sucesión, a don Juan de Borbón, por su hijo Juan Carlos. Alrededor de don Juan se movía la intriga, que era, en los 40, en los 50, y en los 60, un caso de delirio; y en don Juan Carlos pensaba que estaba la esperanza sucesoria, porque estaba dentro, callaba, otorgaba, y no tenía conspiradores alrededor. Era lo fabricado para después de Franco, y en este asunto la sagacidad y la prudencia del príncipe fueron descomunales”.<sup>1</sup>

No se puede hacer, en un sólo párrafo, una síntesis de todo un proceso histórico de décadas de forma más precisa. Introduciendo un elemento más para configurar las muchas facetas de don Juan Carlos, aquella que representó siendo un hombre prudente, ambiguo y cauteloso navegando entre Estoril y El Pardo, y sin descubrir

---

<sup>1</sup> Romero, Emilio. “Retratos de época”. Plaza y Janés Editores. Barcelona, 1985. Pág. 34

nunca del todo sus cartas democratizadoras. Para cuando dejó de ser aquel hombre del todo prudente, ya en los primeros setenta, cuando los Utrera o los Arias quisieron advertir a Franco de ese futuro preocupante que representaba el aperturismo que anunciaba —aunque discretamente— don Juan Carlos, era demasiado tarde. Ya Franco no tenía ni las fuerzas ni las ganas de cambiar nada. Ya asumía que después de él todo sería distinto; quería creer que los juramentos hechos le obligarían. A Vernon Walters le reveló que sabía que don Juan Carlos traería la democracia moderna a España. Pero confiaba en aquella España de la clase media que le dejaba al futuro rey. Una España que no se jugaría en la timba de los partidos políticos la paz y la prosperidad tan felizmente arraigadas. Y, finalmente, en su lecho de muerte, tan solo le transmitió un ruego a don Juan Carlos: que mantuviera a España unida.

Aquí vamos a desgranar con cierto detalle los episodios de esta evolución, un drama en varios actos, en el que veremos crecer a un joven príncipe, que siempre se hizo querer hasta convertirse en un rey audaz, pero consentidor primero y consentido después.

Si Romero fue el maestro del análisis y la crónica política española, existe otra figura que creó también escuela con su sello propio en Italia y este fue Indro Montanelli. Tenía este gran escritor y periodista por costumbre hacer una apreciación psicológica de los personajes que eran objeto de su estudio, de suerte que cada vez que escribía un artículo o le preguntaban en una entrevista por alguna figura pública, solía él hacer esa aproximación humana al personaje. Hacía confluír en su análisis los aspectos más significativos de la personalidad con aquellos otros de la biografía.

Al acometer la presente crónica sobre cómo se alcanzó a instaurar nuevamente la monarquía en España y de cómo se produjo el difícil salto de la figura de don Juan, y sin contar con él, para que terminara reinando su hijo, no queremos soslayar un apunte sobre estas dos personas reales que pueda servir para que el lector de hoy —y el de mañana— puedan hacer de ellas una justa ponderación.

Tanto don Juan como don Juan Carlos —don Juanito durante tantos años— comparten indudables parecidos y son muy fieles a las más arraigadas trazas de la personalidad de los Borbones. Sorprende el parecido físico de don Juan Carlos con Carlos IV en el retrato de Goya que se conserva en el Museo del Prado, italiano como él de nacimiento, pero nacido ciento noventa años antes, por lo que es su abuelo quinto. Hay, como iremos viendo, rasgos, formas y conductas muy de la casa que perduran a través del tiempo. Así sucede entre don Juan y su hijo.

Don Juan fue hombre valeroso, de porte algo imponente, pues entre los hombres de su tiempo destacaba mucho por su estatura. Nació siendo hijo de rey y creció libre

de cualquier anhelo o pretensión de llegar a serlo. Su hermano mayor Alfonso sería el Príncipe de Asturias. Su trauma vital sería, sin embargo, haber conocido cómo se fue socavando la institución monárquica hasta que, encontrándose como guardiamarina en la Escuela Naval de San Fernando, le sorprendió el 14 de abril de 1931 y tuvo que marcharse apresuradamente de España para reunirse con toda la Familia Real. Esta experiencia dejaría en él una huella imborrable, una nostalgia natural que perpetuaría un ánimo de poder volver a España.

Era don Juan desde joven un hombre de naturaleza vigorosa, además de muy alto y de fuerte constitución. Se sentía llamado por la aventura. Quizás por eso su vocación fue la de marino de guerra. Y, como buen hombre de mar, era amigo de dejar los asuntos del mundo en tierra en la confianza de que serán los demás y el tiempo los que los resuelvan.

Mientras se navega el hombre se afana, pero también se recrea y sueña. Y esto lo dice quien cruzó el Atlántico de ida y vuelta, a vela, como marinero de segunda del Juan Sebastián de Elcano. El navegante apenas se preocupa de algo más que de los vientos, resuelve la maniobra inmediata y, en cuanto puede descansar, aprovecha para comer y beber bien y luego, mientras fuma, sueña. Los hombres de mar no dejan de ser soñadores.

Don Juan fue esencialmente eso, un hombre de mar. Nada menos que cinco mil millas navegaba cada verano. Pero sucede que, cuando el marino vuelve a casa, se encuentra que hay cuestiones que se han resuelto sin él y otras que llevaban camino de resolverse en su ausencia. No puede hacerse de otro modo.

Era don Juan hombre impetuoso de carácter y, como se sentía legítimamente llamado a ser rey, sufrió la natural impaciencia que le hizo tomar algunas decisiones que le terminarían perjudicando. Le faltó el sosiego del hombre que cultiva el mismo jardín y confía en que la primavera traerá sus frutos. No era fácil su espera, tampoco era fácil acertar en la elección de los proclives consejeros, ni en la valoración de sus consejos.

Su ostracismo conllevó también una falta de recursos económicos para mantener la posición que le correspondía. Esta sería una frustración que trascendería a su hijo. El paso del tiempo y la fuerza de un destino que no podía cambiar atemperaron su carácter e hicieron que don Juan se comportara con una dignidad que todo el mundo supo reconocer.

El estudio de don Juan se hace necesario porque como dijo Antonio Fontán al referirse al hombre entre dos reyes: "...llena una página principal de la España

contemporánea, sin la cual resulta imposible imaginar cómo habrían podido producirse los acontecimientos en estos años... Entre el rey depuesto de 1931 y el rey repuesto de 1975 media, no sólo la dinastía y el árbol genealógico, sino en la historia de España, la personalidad política y humana del conde de Barcelona".<sup>2</sup>

A diferencia de su padre, don Juan Carlos no nació como hijo de rey, sino como nieto de un rey en el exilio. No creció en el Palacio Real como su padre, sino entre Italia, Suiza, Portugal y, finalmente, como el vástago solitario que es, fue mandado a España para que no perdiera la causa monárquica el contacto con la patria; como para que la familia no perdiera la última oportunidad de recuperar el trono perdido. Duras pruebas para el joven príncipe que es, sin embargo, contemplado como el posible futuro rey por todos y tratado así en el colegio que se improvisó en la finca de Las Jarillas con un grupo de niños de la aristocracia y la alta burguesía como compañeros. Al igual que su padre, don Juan Carlos era un hombre apasionado, amante de los deportes, vital, de carácter alegre, lo que no quiere decir que tuviera muchos momentos de auténtica felicidad. Porque sucede en estas personas de vida tan acelerada, de aficiones tan itinerantes, que solo encuentran sentido a sus días en el proyecto de un viaje. ¿Será esto una escapada de uno mismo? En cierto modo este parece haber sido el sino de don Juan Carlos. Siempre a la carrera, siempre viajando, siempre buscando ese fin de semana en la nieve o en el barco, cazando o disfrutando de las reuniones con sus amigas. No supo el joven rey embridar las querencias y las tentaciones que se le ofrecían al hombre apasionado que era. Y ello a pesar de ser un hombre inteligente. Hábil para elegir a las personas que le habían de servir, bien como subordinados, como profesionales o como ciudadanos amigos deseosos de cumplir con el rey. Hábil por tanto para conseguir aquello que quería y para saber mandar o pedir. Y como cabe esperar de un príncipe, más bien egoísta, no se ha dedicado a tener muchas atenciones con aquellos que quedaron atrás en su servicio. No nos atreveríamos a considerarle ingrato, sino más bien práctico y no tan sentimental, por mucho que sea un hombre que se siente tocado por las emociones, como cualquiera.

Ha formado parte de su inteligencia un don de gentes, una facilidad para entablar el trato con cualquiera y una evidente simpatía personal, de la que ha sido conocedor y de la que se ha valido para conseguir aquello que quería. En cierto modo pareciera que aprendió pronto el truco de conmovier con cualquier palabra lisonjera, con un abrazo o un halago. Lo que no quiere decir tampoco que no fuera sincera su afabilidad. Simplemente sabía bien el buen resultado que le daba.

---

<sup>2</sup> Fontán, Antonio. "Don Juan en la Historia". Conferencia pronunciada el 6 de agosto de 1993 en los Cursos de Verano de la Universidad Complutense en El Escorial. Raycar, S.A. Impresores. Madrid, 1993. Pág. 7

Y si para su padre la vida había sido una larga espera en el destierro que le permitía darse a sus aficiones sin que nadie pudiera hacerle ningún reproche, a don Juan Carlos el destino le coronó tan pronto como a los treinta y siete años. Los acontecimientos del cambio político acelerado le encumbraron como hacedor de la democracia; nada parecía que pudiera frenar a su voluntad.

Para ese juicio que hará el lector sobre las figuras de don Juan y don Juan Carlos, quizás sirva como atenuante de la culpa que pudieran tener, el hecho de que las personas reales reciben desde que nacen tales atenciones, tales muestras de consideración, tal cúmulo de adulaciones... que no pueden llegar a mayores sin algún marcado reflejo de haberse criado como príncipes. Y esto conllevará en la formación del carácter algún rasgo veleidoso o de querencia hacia el capricho. Quizás en un futuro Código Penal debiera incluirse esta atenuante como una más de entre el número de circunstancias modificativas de la responsabilidad criminal y podría ser llamada atenuante de veleidad real. Sirva también para el juicio de la historia esta consideración.